

HOMBRES DE AYER⁹⁷

Como todo lo de cerca o lejos nos atañe, nuestra historia está hecha de contradicciones múltiples y de hirientes contrastes.

Al lado de un Cuauhtémoc, de entereza y denuedo jamás superados, un Moctezuma medroso e indigno. Junto a un Iturbide turbio y taimado, un Morelos todo heroicidad y un Guerrero que se destaca por lo rectilíneo de su carácter y la noble integridad de su conducta.

A bunda en nuestra historia lo trágico, lo sombrío, lo espeluznante; pero hay también floración de hechos grandiosos, de heroicidades supremas, de hazañas que subyugan.

No faltan, ciertamente, los falsos apóstoles, los mentidos redentores, los déspotas abominables; pero junto a ellos y abrumándolos con su grandeza, se yerguen nobles y altas figuras de patriotas auténticos, de grandes y severos patricios, próceres que se imponen por su austerioridad, de héroes que todo lo sacrifican al bien común.

No todo es negrura y sombra en nuestros anales. No todo es hipocresía e impureza. No todo ha sido lucro e infamia.

Luchadores ha habido que han despreciado el halago y el soborno, héroes que sólo han sabido de sacrificios y de privaciones, gobernantes modelos de probidad, que habiendo manejado tesoros, han salido del poder con las manos limpias de corrupción.

Y en esta época en que el mercantilismo y la sed de oro todo lo manchan, hay que insistir, más que nunca, en la presentación de esos dechados de honestidad y de pureza que honran nuestra historia y levantan el prestigio de la raza.

A la juventud hay que tonificarla con esos ejemplos, para que sepan resistir al vendaval de pasiones tumultuosas e impuros apetitos que sopla en torno suyo y que amenaza destrozar los más robustos caracteres.

97 *El Universal*, 6 de julio de 1949.

Porque, más que en otras épocas ocurre en la nuestra, que está de moda sacar a la publicidad los hechos macabros y las actuaciones delictuosas, y en cambio se hace el silencio en torno de la virtud callada y del sacrificio despojado de teatralidad.

Si contrariando esta tendencia unilateral y pesimista, fijamos nuestros ojos en lo que el pasado tiene de claro y de limpio, descubriremos situaciones y actitudes, hechos y formas de proceder que confortan el ánimo.

En estos últimos días, hojeando al efecto las páginas de nuestra Historia, hice el hallazgo de un precioso resumen o condensación de datos acerca del modo como se condujeron a su paso por el poder algunos de nuestros más connotados hombres públicos.

Quien habla es el historiador con Manuel Payno, el cual, después de loar en justicia al primer Presidente de la República, don Guadalupe Victoria, cuya vida se caracterizó por su sencillez y austerioridad, hace una rápida reseña con relación a los hombres que en el poder le sucedieron, a los que dedica este merecido comentario:

“Después de Victoria, los Presidentes de la República, cualesquiera que hayan sido su conducta y opiniones políticas, continuaron viviendo en una especie de simplicidad y pobreza republicanas a que se acostumbró el pueblo. El sueldo señalado al Primer Magistrado de la República ha sido de 36,000 pesos cada año, o 3,000 cada mes, y de esta suma han pagado su servidumbre privada y sus gastos y necesidades personales... Un par de coches y dos o tres troncos de caballos, propiedad del Estado, y una mesa modesta a la que han concurrido los ministros y uno que otro amigo íntimo, es el mayor lujo que se han permitido los gobernantes oficialmente... Para honra de México se puede asegurar que la mayor parte de los presidentes se han retirado del puesto, sobre unos, y otros en la miseria.”

Así puede afirmarse de casi todos los presidentes, con excepción de Santa Anna, que se rodeó de un séquito de parásitos y cortesanos, sostenido con mengua de erario público.

A los demás les hace Payno cumplida justicia y su testimonio es de valía por tratarse de un contemporáneo veraz y recto.

“Victoria murió, puede decirse, en la miseria, y una hacienda, “El Jobo”, que pasaba por suya, no lo era en efecto.

“Guerrero, no dejó sino unos cuantos pedazos de tierra, sin valor, en el Estado que lleva su nombre, y sus nietos viven hoy del fruto de su trabajo.

“Bustamante, hombre sin familia, morigerado y económico, apenas tuvo con qué subsistir durante su destierro en Europa.

"El general Miguel Barragán murió en una pobreza tal, que su hijo tuvo, poco después del fallecimiento de su padre, que buscar su honrosa subsistencia estableciendo un expendio de tabacos.

"Don Valentín Canalizo no dejó a su muerte ni la más insignificante cantidad para que se pudieran educar sus hijos que estaban en los colegios.

"Don Valentín Gómez Fariás, al siguiente día que dejaba el gobierno tenía que recurrir a la generosidad de sus amigos; y todos sus bienes consistían en una casa de poco valor en el pueblo de Mixcoac, la que encierra los restos de tan honrado y buen patriota.

"Al general don José Joaquín de Herrera, cuando estaba moribundo en una pequeña casa del rumbo de San Cosme, fue necesario que de la Tesorería General se le enviaran 200 pesos, en cuenta de sus sueldos, como militar antiguo, para las últimas medicinas y gastos de su entierro.

"Artista, cuya reputación y probidad se atacaron de la manera más injusta y acerba, murió en el extranjero favorecido por la amistad de don Manuel Escandón, y cuando se liquidó su testamentaria, no alcanzaron sus bienes para pagar a sus acreedores.

"Don Ignacio Comonfort, apenas dejó a sus hijas un mezquino patrimonio, fruto de sus economías y restos de insignificantes propiedades que tenía antes de figurar en política."

De don Benito Juárez dice Payno que no tenía otro ingreso que su sueldo, del cual se le adeudaba una gran parte.

En esta época de la Reforma es cuando la corrupción empieza a hacer sus estragos, pues hubo numerosos hombres públicos que admitieron grandes fortunas a la sombra de las leyes de Desamortización y Nacionalización.

La inmoralidad administrativa se acentúa más bajo el régimen porfirista. Se consumaron entonces los más turbios negocios en materia de colonización y de terrenos baldíos, se especuló en grande con la influencia oficial, se enriquecieron en forma escandalosa algunos ministros, muchos gobernadores y jefes políticos, y de los bufetes de los llamados "científicos" salieron monopolios, granjerías y concesiones con gran prejuicio de la colectividad.

Vino la Revolución y con ella el ansia de botín y el desmesurado afán de improvisar fantásticas fortunas. Las facilidad de encumbrarse, la complicidad entre los componentes de las camarillas y la certeza de poder eludir la acción de la ley para hacer de grandes caudales sin el menor peligro, han dado origen a una era de pavoroso desenfreno que del modo más penoso contrasta con la austereidad y la espartana sencillez de las costumbres y de los hombres que se fueron.